

RAI.—Que pasen aquí.
(*Mutis Juana*).

ANG.—Adiós.

DOC.—Adiós.

CAÑ.—Con su permiso, don Raimundo...

ANG.—La destrucción de la torre de Babel.
«Y se dispersaron todos los hombres y todas las mujeres...»

RAI.—(*En broma*).—Serenidad, señores...

DOC.—No se puede hacer mayor elogio de sus primas de usted... ¡Anunciarlas y disolverse la tertulia!... Me choca en Angélica, que en el otoño piensa ir a pasar una temporada con ellas...

ANG.—No lo diga ni en chanza. Son muy buenas, muy respetables... lo que usted quiera; pero son insufribles, gruñen constantemente, todo es pecado y todo es incorrección, y en su casa viven con una sordidez y una avaricia... A ¡su casa, no!

CAÑ.—Son unas señoras muy correctas...

ANG.—Pues vaya usted. Se las cedo. Todavía no estoy para ayunos perpetuos...

CAÑ.—No exageremos...

ANG.—¿Que no exageremos? Lo que más quieren ellas en el mundo es al *Ninchi*, un perro

de aguas. Bueno, pues al perrito lo han puesto a régimen vegetariano. ¡Figúrense ustedes cómo me tratarán a mí, que voy, por lo menos, en segundo término para su cariñol...

DOC.—(*Despidiéndose*).—No se olvide usted, Raimundo, de mandar que pongan esa carta recomendando al muchacho aquél.

RAI.—¿Cómo se llama?

DOC.—Gregorio López Landecho, calle de las Beatas, número dos, tercero. Quiere ir de pasante con algún abogado...

RAI.—Ya, ya. Se lo recomendaré a Ocaña, que tiene un buen bufete. Apunta las señas tú, Angélica. Toma.

(*Le da el lápiz y la cartera*).

DOC.—(*Dictando*).—Gregorio... López... Landecho.

ANG.—Landecho...

ESCENA X

DICHOS: la VIUDA DE CIFUENTES y su HERMANA

VIUDA.—(*Suavemente, saludando a Raimundo, a la derecha*).—Buenas tardes...

DOC.—Beatitas... dos.

(*Las dos señoras miran a iz-*

quiera, al Doctor y Angélica,
que no las miran a ellas, y muy
serias siguen a saludar a Rai-
mundo y a Cañaverál).

RAI.—¿Cómo estáis?

VIUDA.—¿Y tú?

DOC.—Ahí queda la nota. Adiós.

RAI.—Platea once...

DOC.—Bueno. Hasta luego.

(Mutis después de una reve-
rencia. Cañaverál le acompaña).

ESCENA XI

DICHOS: menos el DOCTOR y CAÑAVERAL

VIUDA.—¿Vais de teatro?

ANG.—(Saludándolas.)—De concierto.

VIUDA.—Menos mal...

HER.—¿Es nuevo?

(El vestido.)

ANG.—Sí...

VIUDA.—Y el mes pasado te vimos otro.

ANG.—Sí, otro.

RAI.—Sentaos.

VIUDA.—Mucho dinero os debe sobrar...

RAI.—Poco, porque se gasta.

HER.—Siendo a gusto...

RAI.—Sí.

VIUDA.—Nosotras venimos con una petición
para una rifa de un reloj.

RAI.—Muchos relojes os deben sobrar...

VIUDA.—Estáis de buen humor. Más vale...

RAI.—¿A cómo la papeleta?

VIUDA.—A duro.

RAI.—Venga un par de ellas.

VIUDA.—Gracias. Es una caridad...

ANG.—¿Y el perrito, tía?

VIUDA.—Muy esbelto y muy airoso... ¡una
monadal! Pero lleva unos días tristón. Yo no sé
qué le pasa...

ANG.—El régimen.

VIUDA.—Eres un poquito descarada, sobrina,
y eso no está decente en una muchacha.

ANG.—Dispense usted, tía; no quise molestar.

RAI.—Avisa a Rosario.

ANG.—(Levantándose encantada.)—¡Voy!
(Muy triste.) Con su venia de ustedes, tías...

ESCENA XII

DICHOS: menos ANGÉLICA

VIUDA.—La educas con demasiada licencia...

RAI.—Juventud y alegría; no tiene más defectos.

VIUDA.—Ojalá podamos decir siempre lo mismo.

HER.—¡Ojalá!

VIUDA.—Pero creemos una obligación nuestra al advertirte de los riesgos que corre la juventud con los desmanes y los vicios modernos.

RAI.—Los vicios ya son antiguos, prima, y por lo que vienen durando, parece que gustan.

VIUDA.—Desgraciadamente. Pero si todos los honrados—y por tal te conceptúo a ti—nos uniéramos para expulsar de la sociedad a los perversos, más recatadamente se viviría.

HER.—Más, primo, más.

RAI.—Estoy conforme con vosotras. Exijo tan sólo que me señalen claramente, distintamente, cuáles son los perversos y en qué consiste la perversión.

VIUDA.—Eso es muy fácil. Y una vez conocidos ha de rechazarse todo contacto con los infectos hasta su cuarta generación.

RAI.—Pensando así no sé con quién tratáis.

VIUDA.—Con muchos, decentísimos.

RAI.—¿Desde cuatro generaciones antes? Lo dudo; y si es verdad, vuestros amigos no son

amigos solamente, son ejemplares de Museo.

VIUDA.—¿Deseas conocer algunos?

RAI.—No, no; me impresionan mucho los fenómenos.

VIUDA.—Pues te convendría escucharsus conversaciones doctas y prudentes, incluso para reformar tu vida en lo que hubieras de menester.

RAI.—Quizás... aunque mi vida es de una sencillez diáfana y se reduce a estar en paz dentro de mi casa, a respetar la ajena, a no murmurar de nadie y a no importarme que los demás murmuren o no de mí.

VIUDA.—También el juicio de los demás es muy importante.

RAI.—No lo desconozco, pero como yo no sé dónde se despacha ni quién posee la exclusiva de la verdadera opinión, mientras lo averiguo seguiré guiándome por la mía.

VIUDA.—Dispensa que te lo diga: eso es soberbia.

HER.—Soberbia, primo, soberbia.

RAI.—Puede ser, no os lo niego. Pero si es orgullo y soberbia el guiarse por uno mismo, calculad vosotras la cantidad de soberbia que supone el pretender guiar a los demás.

VIUDA.—Hay gente muy sabia.

RAI.—Para mi misma vida, más sabio que yo mismo, nadie, en absoluto, nadie.

VIUDA.—¿Ni Dios?

RAI.—¡Dios, sí! Y como Él quiera bajar a guiarme, ya te aseguro que estoy muy propicio a dejarme conducir.

VIUDA.—Eres atroz.

HER.—Atroz, primo, atroz.

ESCENA XIII

DICHOS: ROSARIO, ANGÉLICA y CAÑAVERAL

ANG.—(A Raimundo.)—Tu sombrero.

RAI.—¿Y el tuyo?

ANG.—En el auto. Me lo pondré al llegar para que no se chafen las plumas... y para no chafar a las tías.

VIUDA.—(A Rosario que las saludó.)—¿Tú no vas?

ROS.—Me hace daño la atmósfera del teatro.

RAI.—Si queréis os llevamos.

VIUDA.—Al teatro, no.

HER.—¡Jesús!

RAI.—Tranquilizáos; hay cordón sanitario. Hasta la ciudad...

VIUDA.—Eso lo agradeceremos.

RAI.—Pues cuando dispongáis.

VIUDA.—Que te alivies.

HER.—Que te alivies.

ROS.—Gracias.

VIUDA.—Y otra tarde vendremos más despacio.

RAI.—¿Te mando el auto y vas a buscarnos a la salida? ¿A las ocho?

ROS.—Sí. A las ocho.

RAI.—Pues hasta luego.

ROS.—(Con un poco de mal humor.)—¡Adiós. Angélica!

ANG.—(Que marchaba sin despedirse, volviendo muy seria.)—¡Adiós, Rosariol!

ROS.—(Besándola con afecto.)—No seas hueraña, mujer.

ANG.—(Sin volver el beso y secamente.)—Te lo parece a tí. Adiós.

(Mutis las dos viejas, Cañaverall, Raimundo y Angélica, que se coge de su brazo.)

ESCENA X

ROSARIO, luego ENRIQUE

(Rosario los ve marchar, cierra la puerta, después la ventana, coge un libro y trata de leer, pero su impaciencia se lo impide; se sienta, se levanta y vuelve a sentarse; va a la ventana, mira, y por fin a la puerta, dejando pasar a Enrique, y cierra con llave).

ENR.—¡Esto es imposible! ¡No podemos continuar así!

ROS.—¿Te han visto?

ENR.—Creo que no; pero dos veces tuve que retroceder y ocultarme entre los árboles.

ROS.—En el jardín no hay nadie, qué yo alejo siempre a los criados.

ENR.—En la ventana, arriba.

ROS.—Alguna muchacha. ¿Te vió?

ENR.—Me parece que no; pero ¿quién lo asegura? Y lo peor de todo es que a cambio del peligro que corremos no se tenga jamás la compensación de una hora tranquila.

ROS.—Yo no puedo salir sola, Enrique.

ENR.—Lo comprendo perfectamente; pero hazte cargo tú de la imposibilidad, de la locura enorme de que sigamos viéndonos así.

ROS.—*(Espantado.)*—¿Romper?

ENR.—Romper, no; decidirte, resólvete.

ROS.—¿Y abandonarlo todo... y a todos?

ENR.—A las nueve pasa un tren; en dos horas estamos en la frontera. Te dejo por allí bien instalada; vuelvo, para que no coincida nuestra desaparición, y al cabo de unos días nos reunimos definitivamente.

ROS.—Y si mañana te cansaras de mí... ¡No, no!

ENR.—Desconfiando, tienes muchísima razón.

ROS.—No es desconfiar, no. Es que me duele amargamente, desesperadamente, el abandonar a los míos.

ENR.—Muy natural; pero esto es la consecuencia inevitable de nuestra situación. No pienses que lo propongo por gusto, sino porque es preciso, porque no hay otra manera y porque forzosamente ha de llegar un día en que nos descubran y entonces iremos a lo mismo que hoy te espanta, pero iremos además con el escándalo, y tal vez con la catástrofe.

ROS.—No, no. Aumentaremos las precauciones.

ENR.—¿Pero tú dices ya que en los ojos de Angélica ves algo acusador?

ROS.—Sí te lo dije, sí; pero no sospecha nada. Es el miedo mío el que me lleva a suponer que en sus ojos hay una acusación contra mí.

ENR.—¿Te complace el vivir inquieta y asustada? Bien, pues seguiremos así.

ROS.—(Riendo.)—Exageramos un poco el temor.

ENR.—Quizás.

ROS.—(Llevándolo a sentarse.)—Ven. Pensemos en nosotros mismos un instante. ¿Me quieres, Enrique?

ENR.—¿Lo dudas?

ROS.—No, pero decírmelo tú es una satisfacción muy grande, y una disculpa muy grande también. Cada vez que llega a mí por tus palabras el convencimiento de que me quieres más que a todo y de que me querrás siempre, es una alegría tan inmen... (Interrumpiéndose bruscamente, se levanta. Pausa. Escuchando.)—¿Has oído algo?

ENR.—Nada...

ROS.—Me pareció que chirriaba la verja...

ENR.—No. Pero realmente resulta agradabilísimo el que nos intranquilece cualquier rumor, y cuando hablas, en vez de atender a la delicia de tus palabras, estar pendiente de si suena o deja de sonar algún ruido, y por consecuencia, alguna amenaza...

ROS.—(Volviendo a sentarse a su lado.)—¿No me perdonas la inquietud que te causo?

ENR.—No lo preguntes siquiera, que yo no hablo de tí, ni contra tí, sino de los dos.. y contra los dos.

ROS.—Te creo, pero créeme tú a mí también. ¿Qué podría yo desear que no fuera la paz y el olvido completo del mundo cuando estás a mi lado?

ENR.—¿Y yo no querré lo mismo?

ROS.—Lo mismo, sí.

ENR.—Y teniendo esa persuasión, ¿por qué no aceptas la única fórmula razonable?

ROS.—No insistas en ello. ¡Te lo pido con toda mi alma!

ENR.—Bien...

ROS.—¿No te basta con la alegría de vernos y con la seguridad absoluta de que yo soy muy dichosa en estos minutos?

ENR.—A la fuerza ha de bastar...

ROS.—No, así no. Nada de transigir malhumorado.

ENR.—(Sonriendo.)—Pues será una vez más lo que tú dispongas y nos conformaremos muy gustosos.

ROS.—¡Así, así!

ENR.—Aceptando la felicidad como ella quiere venir y como tú la quieres conceder.

ROS.—(Zalamera.)—¡Eso es ser bueno!

ENR.—(Riendo.)—No hay bondad mayor que la de obedecer, y esa es la que más os satisface y más os convence a las muje...

ROS.—(Tapándole la boca bruscamente.)—

¡¡Calla!—(Pausa breve, escuchando.)—¡¡Vienen!!

ENR.—Ojalá.

ROS.—¿Qué dices?

ENR.—¡Que vengan! Prefiero terminar de una vez. ¡Como sea, pero de una vez!

ROS.—¡Calla!

ENR.—¡Que esta zozobra continua es insostenible!

ROS.—¡¡Calla, por Dios!—(Se levanta y mira por la ventana, yendo a ella de puntillas y disimuladamente.)—¡¡Raimundo!!

ENR.—(Levantándose.)—¡Mejor!

ROS.—¡Viene hacia aquí!

ENR.—¡¡Mejor!!

ROS.—¡Sálvame, Enrique!

ENR.—Calma, calma. No lo atropellemos todo antes de tiempo.

ROS.—Ya está ahí. ¡Ven! ¡Ven!

ENR.—¿Adónde?

ROS.—¡¡Ven!!

(Quedan los dos inmóviles escuchando.)

ESCENA XV

(Una pausa.)

DICHOS: RAIMUNDO

RAI.—¡Rosario...! ¡¡Rosario!—(Golpeando la puerta después de haber intentado abrirla.)—¡Rosario! ¡¡Abre, Rosario, abre!!

(Rosario vacila, pero Enrique por señas, enérgicamente, la obliga a abrir.)

ROS.—(Medio muerta de espanto, pero dominándose, descorre la llave, y antes de abrir, por un instinto de defensa todavía, coge a Enrique y lo empuja hacia la puerta de modo que ésta, al abrirse, lo oculta detrás de la hoja.)—¿Qué es...?

RAI.—¡Que Angélica se ha caído del auto!

ROS.—¿Muerta?

RAI.—¡No sabemos! ¡Ven, ven...!

(Y se la lleva apresuradamente. Enrique respira fuertemente y... va a salir con precaución, pero a los pocos pasos retrocede rápido, volviendo a colocarse en la posición anterior.)

ESCENA XVI

ENRIQUE, ROSARIO, RAIMUNDO y CAÑAVERAL, trayendo a ANGÉLICA desmayada, la depositan cuidadosamente en el sofá. ROSARIO, al entrar, empuja las hojas de la puerta.

ROS.—¿Cómo ha sido?

RAI.—No sé... Oímos el grito, viéndola ya en el suelo. Debí levantarse para algo y perder el equilibrio... ¡No sé!

ROS.—¿Vive?

CAÑ.—Sí, sí.

RAI.—Desabróchala un poco...

CAÑ.—¿Respira?

RAI.—No... ¿Y el pulso?

CAÑ.—Me parece que lo siento...

RAI.—¿Cómo tienes cerrado aquí...? ¡Qué calor...!

(Va Raimundo a abrir la ventana de la izquierda. Rosario lo mira espantado. Cañaveral, tomando el pulso a Angélica, está muy atento a ella. Cuando abrió ya la ventana Raimundo, comprendiendo que al volverse para venir va a ver a Enrique, corre Rosario a Raimundo, y abrazándole le trae hacia Angélica de modo que Rosario le impide ver la puerta.)

ROS.—¿Cómo fué...? ¿Quién la vió primero? ¿Tú la levantaste? ¿Tendrá algún mal golpe, Raimundo, tendrá algún mal golpe?

RAI.—No sé, no sé...

ROS.—Vete inmediatamente a buscar al doctor... ¡Corre! ¡Corre! ¡En el mismo auto! ¡Corre por Dios!

RAI.—¡Voy, voy...!

(Mutis.)

ROS.—*(Pausa; un momento sin poder hablar.)*
Cañaveral... avise usted a las muchachas... voy a desnudarla...

CAÑ.—Bien.

(Mutis.)

ROS.—(Cuando Cañaverál se aleja, coge a Enrique del brazo y lo trae para que salga.)—
¡Salta la muralla por abajo, por la fuente...!

ENR.—Bueno...

Angélica ha vuelto en sí, mirando en derredor, sin darse cuenta; los ve, comprende, y da un grito, cayendo de nuevo desmayada. Enrique y Rosario quedan inmóviles un momento y aterrados.)

ROS.—Mañana, a las nueve en la estación.

ENR.—¡A las nueve!

Enrique huye. Rosario queda inmóvil, mirando fijamente a Angélica.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

CAÑAVERÁL, paseándose nervioso. JUANA, inmóvil.

JUANA.—¿Pero la señora no viene...?

CAÑ.—Por lo visto.

JUANA.—¿Le guardamos almuerzo?

CAÑ.—No.

JUANA.—¿Almorzó fuera?

CAÑ.—Eso es. Fuera.

JUANA.—¿Entonces servimos para los señoritos?

CAÑ.—No.

JUANA.—Son las tres...

CAÑ.—Las tres; bueno. ¿Por qué no han de ser las tres?

JUANA.—¿Esperamos algo más?

CAÑ.—No. Coman ustedes; coman, coman...